

¿PREVALECE EL CAOS? REFLEXIONES SOBRE EL ECLECTICISMO TECNICO Y LA INTEGRACION ASIMILATIVA

Arnold A. Lazarus y Stanley B. Messer
Rutgers University, New Jersey

Lazarus contends that efforts to integrate psychotherapy at the theoretical level have fostered the same unfortunate profusion of competing approaches associated with nonintegrative traditional schools of psychotherapy. Messer views this flowering of integrative theories as unavoidable, even desirable, and as consistent with a social constructionist view of reality. As an alternative to theoretical integration, Lazarus advocates technical eclecticism, which he considers to be governed by observations rather than theories, and as such, draws freely upon techniques validated within other frameworks. Messer argues that such observations are necessarily theory laden, and that techniques imported from other therapies are colored by, and assimilated within, the new clinical and theoretical context in which they are employed, and therefore must be validated anew.

POSTURA DE LAZARUS

El creciente descontento con la proliferación de terapias ha sido uno de los factores principales que ha dado lugar al desarrollo del movimiento de integración en psicoterapia. Las más de 400 diferentes “escuelas” de psicoterapia citadas por Karasu (1986) al parecer han provocado “tal ensordecedora cacofonía de reivindicaciones rivales” (Norcross y Grencavage, 1989, p. 229) que el resultado ha sido confusión y fragmentación. Las eras freudiana y postfreudiana se habían caracterizado por la tenaz defensa de teorías particulares que formaron sus propias escuelas o cultos, y cuyas posturas eran defendidas a muerte. Algunos clínicos asumieron un rol mesiánico, rodeados por fervientes discípulos y una jerarquía de devotos. Sus posiciones eran doctrinales y dogmáticas, afrontando las críticas externas bien con condescendencia (“Ese pobre loco no tiene más luces”) o con amarga furia, como si su supervivencia o mera existencia estuviera amenazada (Dallenbach, 1963).

Con la llegada del espíritu integrador se esperaba fomentar una mentalidad más abierta que la que regía en épocas anteriores. Bajo la tutela del integracionismo se

esperaba un acercamiento y convergencia que dejara de lado la lucha competitiva, la ciega hostilidad a intervenciones alternativas, y las antipatías extremas a concepciones diferentes a las defendidas por una escuela determinada. Además se esperaba que la creación y desarrollo de la "Society for the Exploration of Psychotherapy Integration (SEPI)" constituiría un foro en el que se suavizarían los conflictos. Pese a ello, al tiempo que SEPI realiza su "Sixth Annual Conference" (Sexta Conferencia Anual) la rivalidad sigue primando, en mi opinión, sobre la convergencia.

Un libro recientemente editado por Saltzman y Norcross (1990) parece confirmar la impresión anterior. Pese a que en su prefacio considera su propio título "Therapy Wars" (Guerras de Terapia) como provocativo e irónico, y enfatiza las virtudes del diálogo transteorético, los lectores pueden darse cuenta de que las sangrientas guerras interprofesionales no son una reliquia de etapas anteriores de la psicoterapia. En lugar de abrazar el dictum pragmático de utilizar lo que funciona, con vistas a ayudar al mayor número de pacientes, existe la tendencia a valerse de modelos preconcebidos.

Muchos han aclamado la integración en psicoterapia y la han considerado una metamorfosis (p. ej., London, 1988; Moultrup, 1986). En mi opinión, esta integración teórica no sólo ha fracasado en su tarea de proveer de mayor consenso y acuerdo, sino también en seleccionar combinaciones de tratamientos de elección en base a datos empíricos, por lo que prevalece un estado de caos incluso mayor que el precedente.

En lugar de una búsqueda de unificación, parecen estar proliferando diferentes escuelas de terapia ecléctica e integrativa. Pese al comentario de Dryden (1986) de que "es importante que los pioneros del eclecticismo en psicoterapia demuestren una actitud ecléctica, como por ejemplo en su disposición a inspirarse en fuentes diversas" (p. 374), en su lugar hemos asistido a una difusión de ideas disparatadas bajo la bandera del eclecticismo y la integración. Por ejemplo, los puntos de vista expresados por Patterson (1989) están totalmente reñidos con los de la mayoría de los restantes teóricos (ver Norcross, 1990). Beitman (1989) también expone una visión de la integración y el eclecticismo que difiere de mi punto de vista (Lazarus, 1989a), y contrasta con las diferentes visiones de Beutler (1986), Mahrer (1989), Prochaska y DiClemente (1984), y Wachtel (1984); ninguna de las cuales está de acuerdo con las restantes. En el influyente libro de Norcross (1986), los capítulos de Fischer, Garfield, Grebstein, Hart, Murgatroyd, y Apter (por mencionar algunos) parecen tener muy poco en común. Una cuidadosa lectura del número de octubre de 1989 del *SEPI Newsletter* (volumen 7, número 2) en el que aparecen los resúmenes de las intervenciones en la conferencia de 1989, muestra una salvaje multiplicidad de tópicos bajo la rúbrica de la integración. Se ofrecen nuevos conceptos, teorías y modelos; se pregonan diferentes tipos y formas de integración; los teóricos interesados por los "ingredientes comunes" se muestran a menudo en desacuerdo con los que ponen énfasis en puntos específicos; y algunos utilizan términos

relativamente poco familiares (por ejemplo, “equilibrio cognitivo”, “telosponsividad”) para describir procesos y procedimientos que sí que son ampliamente conocidos. ¿Suena esto a progreso? Una tendencia particularmente desafortunada es la que he denominado “fusionismo” (Lazarus, 1988, 1989a) que consiste en combinaciones bimodales (por ejemplo conductismo-gestáltico, psicodinámico-sistémico). Baste decir que cuando un psicoterapeuta se identifica como integracionista, en sí esta denominación no encierra significado o substancia. Las diferencias entre los integracionistas pueden ser aún mayores que entre los más rígidos defensores de escuelas. El examen de los eclecticismos ha demostrado considerable divergencia y poca convergencia (Norcross y Prochaska, 1988).

Objeciones a la integración teórica

La integración en psicoterapia adopta tres modalidades distintas: eclecticismo técnico, estudio de factores comunes, e integración teórica (Arkowitz, 1989; Norcross y Grencavage, 1989). El *eclecticismo técnico* es una estrategia que intenta seleccionar los mejores tratamientos para los diferentes trastornos e individuos en particular. Los eclécticos técnicos trabajan generalmente en un marco de referencia teórico consistente (por ejemplo una teoría amplia de aprendizaje cognitivo social) pero emplean con libertad técnicas de otras disciplinas sin subscribirse a las teorías en que dichas técnicas fueron engendradas. El principio fundamental consiste en “utilizar lo que funciona”. El *estudio de factores comunes* se esfuerza en identificar principios comunes de cambio a partir de diferentes escuelas de pensamiento. Aquí el énfasis está colocado en los elementos que las diferentes escuelas comparten. La *integración teórica* intenta sintetizar diferentes técnicas terapéuticas junto a sus teorías subyacentes que proceden de diversas orientaciones. Es con esta última modalidad con la que yo estoy particularmente reñido.

¿Por qué no combinar teorías psicoanalíticas o psicodinámicas con teorías del comportamiento tal como ha abogado Wachtel (1977) durante muchos años? Y, ¿qué hay de malo en seleccionar aspectos de la teoría familiar sistémica y refundirlos con elementos de la teoría del aprendizaje? Una objeción inmediata a realizar las propuestas citadas es que existen tantas teorías psicodinámicas que cuando uno aspira a combinar todas estas diferentes versiones con otras mezclas poco definidas de ideas está renunciando a la claridad, a la objetividad y a un discurso significativo. No existe un conjunto consensuado de conocimientos denominado “teoría del aprendizaje”; existen muchas teorías del aprendizaje, diferentes e incluso incompatibles. Lo mismo sucede con la “teoría familiar sistémica” y cualquier otra posición teórica, tanto las teorías de rasgos, como las teorías existenciales, biosociales, orgánicas, humanísticas, de campo, etc. ¿Sería de todas formas posible combinar una teoría específica del aprendizaje (por ejemplo, la de Skinner) con una teoría psicodinámica específica (por ejemplo, la de Kohut)? Tampoco, porque si las analizamos con detalle comprobaremos que son incompatibles tanto ontológica

como epistemológicamente.

Es demasiado fácil encontrar similitudes entre teorías dispares. Así, Goldfried (1980) quedó impresionado por la presunta similitud entre un aspecto del “análisis del carácter de Wilhelm Reich y el método conductual de auto-monitorización. Sin embargo, Messer y Winokur (1981) observaron grandes diferencias entre ambas técnicas tanto en contenido como en estructura. Además, muchos enfoques que parecen, a primera vista, compartir ciertos aspectos, resultan ser incompatibles cuando los estudiamos más detenidamente. Cuando leo informes de integración teórica o acudo a ponencias sobre este tema, acabo por darme cuenta de que las propuestas generalmente han ignorado o minusvalorado diferencias paradigmáticas básicas.

Según mi forma de ver, necesitamos menos teorías y más hechos. Así, estoy en desacuerdo con la recomendación de Mahrer (1989) de que los terapeutas deberían trabajar en el “desarrollo integrador de nuevas teorías en psicoterapia” (p. 181). Ya London (1974) enfatizaba: “Por muy interesante, plausible y atractiva que pueda resultar una teoría, son las técnicas las que se utilizan con las personas. El estudio de la eficacia de la psicoterapia es, por tanto, siempre un estudio de la eficacia de las técnicas” (p. 33). Muchos han aducido que dichas técnicas están basadas, de forma implícita o explícita, en presuposiciones (por ejemplo, teorías) que sirven de guía en su utilización. En efecto, no podemos emplear lo que Strupp (1989) denominó incorrectamente “técnicas incorpóreas” (p. 717). La técnica de la “silla vacía” nos puede ayudar a ilustrar este tema.

“Los terapeutas adlerianos utilizan habitualmente el role-playing, hablando con una silla vacía” (Mosak, 1989, p.90). Los terapeutas gestálticos también utilizan con frecuencia esta técnica (Yontef y Simkin, 1989). Los seguidores de ambas escuelas emplean la técnica de forma diferente y con fines distintos. El uso que yo doy a este método también difiere del que le dan gestaltistas, adlerianos y psicodramatistas; pues la considero como una variante de la repetición y modelado conductual, y la prefiero al role-playing cuando no estoy seguro de la postura que adoptarán las personas significativas de la vida del cliente. Recuerdo una de las primeras veces que la utilicé. Estaba ayudando a una mujer a desarrollar una postura más asertiva con su jefe, por medio de role-playing. Cuando hice el papel del jefe, ella me dijo que no estaba representando bien sus acciones y actitudes. Le dije: “Imagínate que Mr. Smith está sentado en esa silla vacía y háblale de las horas extras de trabajo, y después cambias de silla, te sientas en la vacía y haces el papel de Mr. Smith para ver qué tiene que decir y cómo lo dice.” No soy lo suficientemente creativo como para desarrollar *de novo* el uso de esta técnica, pero tras haber leído sobre ella la utilicé con buenos resultados, aunque desde una perspectiva diferente. Esta maniobra ecléctica no estaba desprovista de teoría. Sirvió para potenciar y facilitar la técnica conductual que estaba empleando, pero su uso no me exigía la adopción de las presuposiciones teóricas con que se la emplea en otras escuelas.

Desde mi punto de vista es un error grave asumir que las teorías gestálticas, adlerianas, psicodramáticas y conductuales puedan combinarse y mezclarse. El amalgamamiento de técnicas y observaciones (no teorías) es ya otro tema, del que voy a ocuparme a continuación.

Eclecticismo y observaciones; integracionismo y teoría

El eclecticismo ha obtenido mala reputación y ha sido atacado con fuerza (por ejemplo en Eysenck, 1986; Franks, 1984). Se lo ha ridiculizado en chistes en los que el ecléctico no toca de pies al suelo, quizá debido a que muchos eclécticos se han empeñado en la combinación de teorías con el resultado de una desafortunada mezcla indigerible de ideas. El eclecticismo es un conjunto complejo de concepciones y estructuras (Norcross, 1986). El eclecticismo basado en preferencias personales, realizado con poca preparación y en base a conocimientos idiosincráticos es muy diferente del eclecticismo sistemático (técnico) basado en datos empíricos (Lazarus, 1988).

Mi propio trabajo clínico está guiado por muchas *observaciones* (no teorías) de fuentes diversas. Las teorías son en esencia especulaciones, que tratan de explicar o dar cuenta de diversos fenómenos. Una teoría intenta dar respuesta a las preguntas de *por qué* y *cómo* se inician, se mantienen, y pueden ser modificados o extinguidos ciertos procesos. Las observaciones simplemente reflejan los datos empíricos sin ofrecer explicaciones. Un ejemplo de observación: “Los adolescentes tienden a imitar el comportamiento de los compañeros que admiran”. Un ejemplo de teoría: “Lo hacen inconscientemente debido a introyecciones parentales inadecuadas”. Es cierto que las observaciones no ocurren en el vacío y que resultan influenciadas por el punto de vista del observador; añadimos nuestras ideas teóricas a lo que observamos. La práctica clínica no puede ser atórica (Norcross, 1983). Sin embargo, resulta útil separar al máximo la observación de la teoría.

Si despojamos al patrimonio psicodinámico de (lo que yo considero) su exceso de equipaje teórico, podemos apreciar sus observaciones de que las personas somos capaces de negar, reprimir, proyectar, desplazar, y escindir nuestras emociones, y que la motivación inconsciente juega un papel importante en la comprensión global del comportamiento (lo cual es algo muy distinto que hablar de “mecanismos de defensa” y de “mente inconsciente”). Utilizo observaciones procedentes del condicionamiento operante, de la terapia racional-emotiva, de la terapia cognitiva, de la psicología de la influencia y de la persuasión, además de observaciones procedentes de otras muchas fuentes. Mi forma de trabajar está regulada por diversos principios que he desarrollado en otros trabajos (Lazarus, 1989b). Estoy seguro de que algunos considerarán mis propuestas una “combinación de ingredientes” del tipo del integracionismo teórico (ver Norcross y Napolitano, 1986), pero debo hacer hincapié de nuevo en que las observaciones son radicalmente diferentes de las teorías y presuposiciones. Veamos este tema en un ejemplo clínico.

Los analistas transaccionales utilizan con profusión los “estados del yo” Padre, Adulto y Niño, en el encuadre de una teoría que yo considero imposible de comprobar y en gran parte inaceptable. Sin embargo, en el trabajo clínico con clientes que se comportan de forma infantil, he utilizado el lenguaje del Análisis Transaccional. Puede ser contraproducente decirle a un individuo hipersensible: “¡Actúas como un niño de tres años!” o “¡Necesitas comportarte como un adulto en lugar de hacerlo como un niño!” Estas afirmaciones pueden resultar menos peyorativas reencuadradas de la forma siguiente: “Según el Análisis Transaccional existen tres estados del yo: Padre, Adulto y Niño y, al parecer utilizas el estado Niño del yo en situaciones en que sería más adecuado cambiar al estado Adulto.” Este encuadre facilita el uso de técnicas conductuales con el fin de adquirir respuestas más adaptadas y apropiadas a la edad del sujeto. Este es otro ejemplo de *eclecticismo técnico*. En él no estoy utilizando la teoría del Análisis Transaccional, sino que empleo una observación y la semántica del A.T. como catalizadora de un entrenamiento conductual orientado a la acción que, en mi opinión, forma parte fundamental de muchas terapias efectivas.

Otro ejemplo que puede ayudar a clarificar las diferencias entre teorías y observaciones consiste en examinar la forma en que el término “transferencia” se ha popularizado. En un congreso al que asistí, un psicólogo que se autodenominaba “psico-conductual” ratificaba la importancia de la “transferencia” aseverando que ésta trasciende el mero desarrollo de la relación terapeuta-paciente. Recalcaba que los seres humanos nos comportamos en el presente con otras personas de la forma que nos comportamos hacia personas significativas en el pasado. Además, tendemos a repetir relaciones pasadas que en algunos casos son inadecuadas en la actualidad. Pocos clínicos (si es que existe alguno) van a intentar rebatir estas afirmaciones. Sin embargo, la transferencia no consiste únicamente en la simple atribución a nuevas relaciones de las características que pertenecieron a relaciones antiguas. Si fuera así, el término transferencia sería sinónimo de la generalización del estímulo y respuesta. Pero si dejamos a un lado esta sólida observación y ahondamos en teorías especulativas, podemos leer que la transferencia es a menudo un revivir o restablecer, con alguna persona que lo permita, una situación infantil que es profundamente deseada, debido a que entonces fue o bien muy disfrutada o bien no aprovechada. Esta transferencia implica recuerdos infantiles conflictivos y significativos que han sido olvidados y fantasías inconscientes reprimidas (Arlow, 1989). Existen muchos más detalles en el concepto teórico de transferencia, pese a que en una conversación subsiguiente mi colega psico-conductual insistía en que su definición no recogía como importantes más que las que él había apuntado. Esa fue la razón para decirle: “Entonces, te recomiendo que evites la utilización del término transferencia, y que en su lugar hables de la generalización del estímulo y respuesta, que se mantiene en el contexto de las relaciones interpersonales y de las interacciones clínicas”.

En nuestro campo existe una tremenda confusión simplemente por la utilización de términos mal definidos y por el empleo de forma idiosincrática de los bien definidos. Este *problema idiomático* ofusca el diálogo significativo. Si los clínicos desarrolláramos un lenguaje común, podría irse cerrando la brecha que separa las diferentes orientaciones (ver por ejemplo, Driscoll, 1987; Norcross, 1987), pero es difícil que esto suceda, por las mismas razones por las que el esperanto no ha llegado a ser un medio internacional de comunicación (ver Messer, 1987). De forma que, cuando recurramos a la jerga clínica, hagámoslo definiendo claramente nuestros términos. Creo que para poder acercarnos a una psicoterapia realmente integradora necesitamos previamente clarificar las confusiones lingüísticas a que me he referido en este artículo, y llegar a acuerdos en los tratamientos de elección de los diferentes trastornos. Pero, como a mi pesar tuve ocasión de comprobar en una reciente mesa redonda sobre el tratamiento de las fobias simples, aún tenemos que lograr este tipo de consensos de “primera línea”. En 1964, Colby concluyó su estudio del campo de la psicoterapia con la frase “prevalece el caos” (p. 347). Veintisiete años más tarde puedo asegurar que la situación no ha mejorado.

POSTURA DE MESSER

En este apartado voy a recoger algunos de los temas introducidos por Lazarus y ofrecer mi perspectiva. Incluiré una explicación basada en la filosofía acerca de la proliferación de teorías integradoras, y una crítica a algunos aspectos del eclecticismo técnico, la alternativa preferida por Lazarus. Presentaré una alternativa hermenéutica al punto de vista de Lazarus de que las observaciones debieran estar completamente separadas de la teoría, y me referiré brevemente a la alternativa de integración que prefiero, a la que denomino integración evolutiva o asimilativa.

El florecimiento de las teorías integradoras: ¿caos o creatividad?

Lazarus expresa su desagrado a que el movimiento de integración en terapia haya conducido a la proliferación de teorías y a un estado de caos, más que al aumento de acuerdos sobre principios y estrategias en la práctica terapéutica. Su insatisfacción creo que es producto de una creencia en que debe existir una única teoría unificada bajo la aparente diversidad de prácticas y teorías terapéuticas. Y que esta teoría correcta debe basarse en los datos de que disponemos y los que aún restan por descubrir. Tales descubrimientos, según este punto de vista, llevarán a una resolución a las fragmentarias y contradictorias teorías que nos amargan la vida. El progreso hacia la unidad se lograría así, a medida que más y más partes fueran incluidas en un todo mejor integrado. Este punto de vista, al que me referiré como modelo de conocimiento de unidad/descubrimiento, ya fue etiquetado por el filósofo Stephen Pepper (1942) como hipótesis mundial organicista.

En contraste al modelo anterior, existe la noción de que no descubrimos lo que es inherente a la naturaleza, sino que inventamos nuestras teorías y categorías, y

observamos la naturaleza a través de ellas. Según este punto de vista, las múltiples interpretaciones de la experiencia son consideradas legítimas, deseables y, en cualquier caso, inevitables. Citando a Sigmund Koch (1981, p. 268), "Los paradigmas, teorías, modelos... nunca pueden comprobar prioridades o exclusiones de organizaciones alternativas." Kenneth Gergen (1982), uno de los principales defensores de esta perspectiva, y conocido constructor social, defiende que "los recuerdos de la realidad son creaciones del observador, más que recuerdos correctos o incorrectos de ella... son legítimas y deseables las múltiples interpretaciones de la experiencia" (pp. 176-177). Según esta perspectiva no existe una verdad única que haya que descubrir. Siempre podemos inventar nuevas formas de combinar puntos de vista terapéuticos, como resultado de este pensamiento creativo, independiente y divergente. Desde este punto de vista, hacia el que me inclino, no podemos esperar encontrar otra cosa que el "caos" al que se refiere Lazarus. En lugar de condenar esta situación, podemos reencuadrarla positivamente (pidiendo prestada esta técnica de reencuadre a los colegas cognitivo-conductuales) como diversidad creativa, que estimo recomendable por su fertilidad.

Una crítica al eclecticismo técnico

Lazarus intenta evitar los peligros del fusionismo fortuito por un lado y las limitaciones de los enfoques terapéuticos unimodales por otro, mediante el eclecticismo técnico. Aunque combinar técnicas útiles de diversas escuelas pueda parecer una buena idea, este tipo de integración conlleva también problemas. Una técnica terapéutica no es un procedimiento desarraigado que pueda ser mudado de un contexto a otro sin tener en cuenta las condiciones en que fue concebido. Voy a ilustrar este punto haciendo referencia al círculo hermenéutico. El conocimiento requiere referencia a lo ya conocido con anterioridad, operando de forma dialéctica y circular, de modo que para interpretar una parte es siempre necesario el conocimiento del todo. El círculo hermenéutico pone de relieve la naturaleza contextual del conocimiento. Un hecho, por ejemplo una técnica psicoterapéutica, no se explica únicamente por sí mismo con independencia de su contexto, su intérprete o su usuario (para una visión más completa de este punto, ver Woolfolk, Sass, y Messer, 1988).

Lazarus obvia sutilmente este problema al reencuadrar la técnica terapéutica en su marco conceptual preferido, la teoría del aprendizaje social. El problema queda entonces circunscrito a si la técnica trasplantada y el nuevo marco de referencia son compaginables. ¿Adquiere una nueva matriz de significado a causa de su nuevo contexto? ¿Pierde algo en su traslado de un sistema al otro? Aquí, la dificultad consiste en dar forma a la nueva técnica según el entorno del marco terapéutico en que uno trabaja. Lazarus, de hecho, supera esta dificultad, pero no reconoce que, tanto en la teoría como en la práctica, la técnica queda transformada. Debemos hacer notar que toda la investigación previa realizada con dicha técnica

en su contexto previo no puede mantenerse en el nuevo, por lo que deberemos comenzar de nuevo el proceso de validación.

Tomemos por ejemplo la técnica de la silla vacía, o el diálogo de dos sillas al que Lazarus se refiere. Tal como la usa Greenberg (1984) en su terapia experiencial, mediante ella el terapeuta facilita que el cliente experimente las dos partes de un conflicto en las dos sillas y posteriormente ayuda a crear un contacto entre estas dos partes. Greenberg describió tres componentes en el proceso de resolución de conflictos: crítica al self desde una parte del conflicto (en una silla), expresión de un deseo desde la parte contraria (en la otra silla), lo que conducía a una actitud crítica más suavizada hacia otra parte del self.

En contraste, Lazarus utiliza la técnica para representar el conflicto de una cliente con su jefe como facilitadora del desarrollo de una postura más asertiva, y la convierte en una variante del modelado conductual. Lo que en la terapia gestalt representaba un intento de poner al cliente en contacto con su autocrítica, en este enfoque conductual se convierte en una técnica para animar la asertividad a través del modelado y la repetición. Puede ser que sea efectiva en esta segunda función, y puede encajar con el encuadre del aprendizaje social. Pero el punto que quiero poner en evidencia es que ha cambiado, es algo distinta a la de la terapia experiencial. Así, la finalidad de la técnica de la silla vacía es muy diferente para estos dos terapeutas, y viene dictada por los valores distintos que le dan la terapia conductual y la experiencial. Mientras Greenberg pone el énfasis en la *experiencia* del cliente, Lazarus lo coloca en su *conducta*. Esta diferencia, en sí misma, nos hace dudar de que las técnicas puedan ser importadas pura y simplemente. Además, toda la experimentación llevada a cabo por Greenberg y sus colegas, debiera ser comprobada de nuevo por Lazarus en el nuevo contexto teórico y práctico en que la utiliza.

Observaciones: ¿libres o ligadas a teorías?

El punto de vista de Lazarus de que las observaciones “son radicalmente diferentes de las teorías y presuposiciones” y que las observaciones y los datos empíricos son lo único que incorporamos en una terapia multimodal, también puede ser analizado con el mismo prisma, pues es un tema íntimamente ligado al anterior. Lazarus se refiere a la adopción de observaciones procedentes del conductismo radical, de la terapia racional emotiva, de la terapia cognitiva, etc., mientras aboga que el exceso de equipaje de presuposiciones y teoría debe dejarse a un lado. Desde una perspectiva hermenéutica, no se pueden separar con tanta facilidad las observaciones y la teoría. Uno nunca dispone de datos “en crudo” o “en bruto”, ni de observaciones “puras”, sin que estos estén contaminados por alguna teoría. Desde una aproximación construccionista social, el conocimiento no se adquiere mediante la observación y el descubrimiento de lo que existe afuera, en un mundo libre de preconcepciones. Tal como ha apuntado recientemente Mahoney (1989), “existe un reconocimiento creciente de que el papel del observador / conocedor no puede ser

separado del proceso o del producto del conocimiento” (p. 1374; ver también Messer, Sass y Woolfolk, 1988). La inmaculada percepción no existe; es decir, todo conocimiento está mediado por lenguaje, cultura, creencias y concepciones teóricas.

Para ilustrar este punto, me permito volver a citar los dos ejemplos en que Lazarus considera haber importado observaciones sin teoría. Cuando le dice a un cliente que “existen tres estados del yo: Padre, Adulto y Niño, y al parecer utilizas el estado Niño del yo en situaciones en que sería más adecuado cambiar al estado Adulto”, está apoyándose en una teoría que atribuye realidad a los “estados del yo”. Sin embargo, estos estados no son observaciones puras, como sostiene Lazarus, sino constructos hipotéticos infundidos de la idea teórica específica de que los adultos pueden actuar de forma infantil, paternal o adulta. Como tal, forman parte de una teoría de roles y de una teoría psicoanalítica estructural, además de pertenecer a la teoría de análisis transaccional. No queda claro cómo puede encajar en un contexto de aprendizaje social- multimodal- conductual.

El otro ejemplo expuesto por Lazarus para defender que “las observaciones simplemente reflejan los datos empíricos sin ofrecer explicaciones” es la frase: “los adolescentes tienden a imitar el comportamiento de los compañeros que admiran”. Examinemos cuidadosamente esta frase. De entrada, “que admiran” es una explicación teórica del por qué los adolescentes imitan a sus compañeros. Y no es neutral. Pues los adolescentes pueden imitar a sus compañeros a partir de la envidia, o de necesidad de relación objetal, o a partir del deseo de separarse de sus familias. Debe existir apoyo empírico a favor de alguna de estas hipótesis, pero éste no hará cambiar su condición de concepciones teóricas.

¿Qué podemos decir de la frase “para imitar el comportamiento de los compañeros”? Aquí también podríamos argumentar que la imitación es un concepto teórico preferido por los estudiosos del aprendizaje social, al ser un proceso influenciado socialmente. También podríamos haber dicho que los adolescentes *se identifican* con sus compañeros, lo cual implica la creencia de que se sienten, en aspectos importantes, iguales a ellos. Tratando de reescribir la frase en términos más observacionales que los de Lazarus, podríamos decir que “los adolescentes se comportan los unos como los otros”. Pero esta frase, que pretende ser neutral teóricamente, resulta banal. Pues podríamos decir lo mismo de los niños y también de los adultos. Y esto es lo que ocurre cuando pretendemos desarraigar una observación de la teoría subyacente.

Una alternativa: la integración evolutiva o asimilativa.

Quisiera añadir una nueva dirección a las tres establecidas por Lazarus, es decir el eclecticismo técnico, el estudio de factores comunes y la integración teórica. Denomino esta cuarta posibilidad integración evolutiva o asimilativa. Las técnicas y conceptos de una terapia concreta van llegando a otras, y son incorporados

lentamente y de forma evolutiva en su nueva teoría y práctica (Messer, 1986). La similitud entre el eclecticismo técnico y la integración evolutiva reside en que ambas direcciones de integración abogan por un encuadre teórico predominante, incluso tradicional, en el que se van incorporando actitudes y técnicas que provienen de otras terapias. Sin embargo, existe una diferencia: mientras que yo aconsejo incorporaciones muy selectivas, llevadas a cabo de tal forma que se ajusten lo más posible al nuevo contexto teórico, Lazarus lo realiza de forma que existe el riesgo de forzar los límites tanto de la teoría del aprendizaje social como de la técnica en cuestión, por ejemplo al intentar incorporar nociones de motivación inconsciente y de mecanismo de defensa en la teoría del aprendizaje social. Además, no mantengo, como hace Lazarus, que estoy importando una mera observación o que incorporo únicamente la técnica sin su exceso de equipaje teórico. Sino que lo que incorporo son actitudes, perspectivas o aproximaciones que resultan transformadas en su nuevo contexto, aunque retienen parte de los valores con que estuvieron infundidas en su origen. Por lo que requieren nueva validación a partir de su uso clínico y experimentación, como cualquier otra técnica nueva.

REACCIONES DE LAZARUS A LA POSTURA DE MESSER

Por motivos de espacio me voy a referir tan sólo a algunos de los puntos más llamativos. Las reflexiones de Messer revelan que defendemos puntos de vista de conocimiento filosófico muy diferentes. El mío, y sus bases epistemológicas, están casi en total desacuerdo con la construcción “hermenéutica” del conocimiento que defiende Messer. No sólo diferimos en lo que respecta a nuestros universos de percepción y explicación, sino además en la forma en que cada uno conceptualiza los métodos y contenidos del conocimiento científico. Messer ha escrito una esquila necrológica del empiricismo y mantiene un argumento contra-científico con su impugnación del paradigma de racionalidad científica.

Es cierto que “no existe una verdad única que haya que descubrir”, pero espero que existan algunas verdades no contaminadas por entero por inferencias subjetivas. Pese a que el dictado básico de la teoría del aprendizaje social es que “las personas no respondemos al medio ambiente *real* sino al *percibido*” (Lazarus, 1989a, p. 36), se obtienen, miden y catalogan datos que contradicen las abstracciones hermenéuticas (ver Bandura, 1986, en su exposición de los modelos de naturaleza y causalidad humanas).

No estoy interesado en absoluto en saber si una técnica incorporada pierde o no matrices de conocimiento que tenía en su contexto original. Tan sólo estoy interesado en descubrir si mediante ella se pueden lograr fines terapéuticos. El valor clínico de un procedimiento puede ser completamente ajeno a las teorías que le dieron origen.

Yo no he afirmado que “las observaciones debieran estar completamente separadas de la teoría” sino únicamente que vale la pena establecer la distinción. En

este artículo explico con claridad que “añadimos nuestras ideas teóricas a lo que observamos”. Sin embargo, la perspectiva hermenéutica de Messer socava el punto de vista científico de las teorías que se muestran abiertas a la verificación y refutación frente a las que desafían esta medida. Las observaciones se refieren únicamente a nociones que despiertan mínimas posibilidades de especulación.

Mi utilización de la técnica de la silla vacía no se limita simplemente al ejemplo que he explicado en este artículo. También la he empleado para dirigirme al “alter ego” del cliente. Pero no veo motivos para tener que validar de nuevo una técnica que procede de otras fuentes como sugiere Messer, excepto para comprobar una conexión temporal entre la ejecución de una técnica y la solución de un problema.

Cuando empleo el término “estado del yo” para aumentar la aceptación del cliente, no estoy empleando el *concepto* ni sus raíces teóricas psicoanalíticas-transaccionales. Hablaría de duendes y de lo que haga falta, si lo creo necesario, para alcanzar los objetivos de tratamientos específicos.

He explicado en diversas publicaciones (por ejemplo, Lazarus, 1989b, 1989c) la forma en que la teoría del aprendizaje social puede incorporar con facilidad el concepto de reacciones defensivas (no mecanismos de defensa) y procesos no conscientes (no mente inconsciente). Pero mi preferencia por la teoría del aprendizaje social no me lleva a intentar maniobras de Procrusto para intentar conseguir que todas mis observaciones tengan su explicación dentro de este encuadre, como Messer parece sugerir. He sido abiertamente crítico hacia los clínicos que rehúsan el empleo de técnicas que no pueden ser explicadas por sus teorías preferidas. Los médicos prescriben muchos tratamientos sin acabar de entender en muchas ocasiones cuales son sus mecanismos de acción.

En esencia, estoy interesado por lo que aporte los mejores resultados para la mayor cantidad de personas en el período más breve de tiempo. Todo lo demás es puro intelectualismo.

REPLICA DE MESSER

1. Si he escrito una esquila necrológica no ha sido al empirismo científico, sino a la concepción positivista y cientifista de la psicología como ciencia. Tal concepción “mantiene que sólo aquello sobre lo que tenemos certeza absoluta puede ser considerado conocimiento” (Polkinghorne, 1983, p. 1). Expongo una concepción postpositivista o postmodernista que cuestiona que exista certeza de realidad o verdad objetiva, y que también cuestiona la noción de que existe un único método correcto para llegar a ella. Sospecho que Lazarus debe tener en mente un modelo positivista cuando me acusa de enviar a la tumba el empirismo y la racionalidad científica.

2. Mi afirmación de que las observaciones no constituyen datos puros exentos de contaminación por teorías y métodos de investigación no pretende llevar a la conclusión a la que llega Lazarus de que con ello socavo la distinción entre teorías

comprobables y no comprobables. Los experimentos y estudios empíricos pueden llevarse a cabo en una concepción postpositivista de la ciencia. Sin embargo, desde esta aproximación, se considera que tanto la teoría que los guía como el método empleado afectan a lo observado. Einstein, el científico más respetado de nuestro siglo, se expresaba así en una conversación con Heisenberg (1971): “En principio es bastante incorrecto tratar de fundar una teoría en base únicamente a magnitudes observables. En realidad sucede justo lo opuesto. Es la teoría la que decide lo que observamos” (p. 63). En la misma línea, las observaciones no constituyen hechos puros. Este es el punto que deseaba subrayar.

3. La prescripción de una medicación eficaz en ausencia de una teoría que trate de explicar sus efectos no puede compararse a la aplicación de una técnica psicológica en ausencia de su base teórica. Un procedimiento psicológico no se administra como una pastilla, sino que viene conformado por un lenguaje y un marco de referencia. Cuando nos trasladamos de la esfera biológica al campo de la ciencia social, entramos en el mundo de los significados. Tal como afirma Lazarus, “las personas no respondemos al medio ambiente *real* sino al *percibido*”, por lo que los clientes son capaces de percibir el significado del procedimiento, en los términos del nuevo contexto el que se realizan.

¿Qué tiene que ver esta línea de argumentación con la integración y el eclecticismo en psicoterapia? La implicación de mi postura es que cuando llevamos a cabo un procedimiento clínico, conceptualizado y practicado en el marco de una terapia, y lo incorporamos a otro tipo de terapia, es importante considerar lo siguiente: (1) su significado clínico en su nuevo contexto terapéutico; (b) si concuerda conceptualmente con su nuevo encuadre teórico; y (c) su validez empírica, que debiera ser establecida de nuevo, tanto a partir de su utilización clínica como de estudios empíricos sistemáticos. Al igual que Lazarus, también estoy interesado en aquello que conduce a los mejores resultados para el mayor número de personas en el menor período de tiempo. Pero creo que no alcanzaremos tal fin más rápidamente minimizando la intelectualización que tal empeño requiere.

COMENTARIO FINAL DE LAZARUS

El tratamiento psicológico es en parte arte y en parte ciencia. El modelo de las ciencias físicas es necesario para iluminar aquellos aspectos de los esfuerzos humanos que se muestran abiertos a la disciplinada luz de la investigación objetiva. Desvalorizar este aspecto tildándolo de “cientifismo” y ofrecer una perspectiva “hermenéutica” en su lugar no va a ayudar a hacer avanzar el conocimiento. Es preciso aplicar las ciencias naturales tan ampliamente como sea posible, y utilizar los dictados de la menos exigente ciencia social sólo en las áreas donde no es factible utilizar un modelo positivista.

Sigo relativamente indiferente al significado clínico de los métodos terapéuticos y a su concordancia conceptual en distintos encuadres teóricos. Mi interés

primordial es hasta qué punto las técnicas (sean prestadas, compradas o robadas) ayudan o incitan a una mejoría específica en el tratamiento y a lograr los fines deseados

RECONOCIMIENTOS

Nuestro genuino agradecimiento a Windy Dryden, Allen Fay, y John Norcross por sus provechosos comentarios.

Lazarus sostiene que los esfuerzos de integración de las psicoterapias a nivel teórico han fomentado una desafortunada proliferación de enfoques que rivalizan entre ellos, similar a la que ya existía entre las escuelas de psicoterapia no-integradoras tradicionales. Messer considera que este florecimiento de teorías integradoras es inevitable, e incluso deseable, y es consistente con una visión construccionista social de la realidad. Lazarus aboga por el eclecticismo técnico, regido más por observaciones que por teorías, como alternativa a la integración teórica. Este autor considera útil aprovechar técnicas validadas en distintos marcos de referencia. Messer argumenta que las observaciones están cargadas necesariamente de contenido teórico, y que las técnicas importadas de otras escuelas de terapia son asimiladas y modificadas por el nuevo contexto clínico y teórico en que son empleadas, por lo que debieran ser validadas de nuevo.

Traducción: Ignacio Preciado

Nota Editorial: Este artículo apareció en el *Journal of Psychotherapy Integration*, 2, 143-158 (1991), con el título "Does Chaos Prevail? An exchange on Technical Eclecticism and Assimilative Integration". Agradecemos el permiso para su publicación.

Referencias Bibliográficas:

- ARKOWITZ, H. (1989). The role of theory in psychotherapy integration. *Journal of Integrative and Eclectic Psychotherapy*, 8, 8-16.
- ARLOW, J.A. (1989). Psychoanalysis. In R.J. Corsini & D. Wedding (Eds.), *Current psychotherapies* (4th ed.; p. 19-62). Itasca, IL: Peacock).
- BANDURA, A. (1986) *Social foundations of thought and action: A social cognitive theory*. Engelwood Cliffs, NJ:

- Prentice-Hall.
- BEITMAN, B.D. (1989). Why I am an integrationist (Not an eclectic). *British Journal of Guidance and Counseling*, 17, 259-273.
- BEUTLER, L.E. (1986). Systematic eclectic psychotherapy. In J.C. Norcross (Ed.), *Handbook of eclectic psychotherapy* (pp 94-131). New York: Brunner/Mazel.
- COLBY, K.M. (1964). Psychotherapeutic processes. *Annual Review of Psychology*, 15, 347-370.
- DALLENBACH, K.M. (1963). Phrenology versus psychoanalysis. In S.J. Rachman (Ed.), *Critical essays on psychoanalysis* (pp 267-284). New York: Pergamon Press.
- DRISCOLL, R. (1987). Ordinary language as common language for psychotherapy. *Journal of Integrative and Eclectic Psychotherapy*, 6, 184-194.
- DRYDEN, W. (1986). Eclectic psychotherapies: A critique of leading approaches. In J.C. Norcross (Ed.), *Handbook of eclectic psychotherapies* (pp. 353-375). New York: Brunner/Mazel.
- EYSENCK, H.J. (1986). Consensus and controversy: Two types of science. In S. Modgil & C. Modgil (Eds.), *Hans Eysenck: Consensus and controversy*. (pp 375-398). London: Palmer.
- FRANS, C.M. (1984). On conceptual and technical integrity in psychoanalysis and behavior therapy: Two fundamentally incompatible systems. In H. Arkowitz & S.B. Messer (Eds.), *Psychoanalytic therapy and behavior therapy: Is integration possible?* (pp 223-247). New York: Plenum.
- GERGEN, K.J. (1982). *Toward transformation in social knowledge*. New York: Springer-Verlag.
- GREENBERG, L.S. (1984). A task analysis of intrapersonal conflict resolution. In L.N. Rice & L.S. Greenberg (eds.), *Patterns of change* (pp. 67-123). New York: Guilford Press.
- GOLDFRIED, M.R. (1980). Toward the delineation of therapeutic change principles. *American Psychologist*, 35, 991-999.
- HEISENBERG, W. (1971). *Physics and beyond: Encounters and conversations*. New York: Harper & Row.
- KARASU, T.B. (1986). The specificity versus nonspecificity dilemma: Toward identifying therapeutic change agents. *American Journal of Psychiatry*, 143, 687-695.
- KOCH, S. (1981). The nature and limits of psychological knowledge. Lessons of a century qua "Science". *American Psychologist*, 36, 257-269.
- LAZARUS, A.A. (1988). Eclecticism in behavior therapy. In P.M.G. Emmelkamp, W.T.A.M. Everard, F. Kaasmaat, & M.J.M. van Son (eds.), *Advances in theory and practice in behavior therapy*. Amsterdam: Swets & Zeitlinger.
- LAZARUS A.A. (1989a). Why I am eclectic (Not an integrationist). *British Journal of Guidance and Counseling*, 17, 248-258.
- LAZARUS, A.A. (1989b). *The practice of multimodal therapy*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- LAZARUS, A.A. (1989c). Multimodal therapy. In R. Corsini & D. Wedding (Eds.), *Current psychotherapies* (4th edition) (pp 502-544). Itasca, IL: Peacock.
- LONDON, P. (1987). *The modes and morals of psychotherapy*. New York: Holt, Rinehart & Winston.
- LONDON, P. (1988). Metamorphosis in psychotherapy: Slouching toward integration. *Journal of Integrative and Eclectic Psychotherapy*, 7, 3-12.
- MAHONEY, M.J. (1989). Scientific psychology and radical behaviorism. *American Psychologist*, 44, 1261-1272.
- MOULTRUP, D. (1986). Integration: A coming of age. *Contemporary Family Therapy*, 8, 157-167.
- MAHRER, A.R. (1989). *The integration of psychotherapies: A guide for practicing therapists*. New York: Human Sciences Press.
- MESSER, S.B. (1986). Behavioral and psychoanalytic perspectives at therapeutic choice points. *American Psychologist*, 41, 1261-1272.
- MESSER, S.B. (1987). Can the tower of Babel be completed? A critique of the common language proposal. *Journal of Integrative and Eclectic Psychotherapy*, 6, 195-199.
- MESSER, S.B., SASS, L.A., & WOOLFOLK, R.L. (Eds.) (1988). *Hermeneutics and psychological theory: Interpretative perspectives on personality, psychotherapy and psychopathology*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.
- MESSER, S.B. & WINOKUR, M. (1981). Therapeutic change principles: Are commonalities more apparent than real? *American Psychologist*, 36, 1547-1548.
- MOSAK, H.H. (1989). Adlerian psychotherapy. In R.J. Corsini & D. Wedding (Eds.), *Current psychotherapies* (4th edition). Itasca, IL: Peacock.
- NORCROSS, J.C. (1983). In defense of theoretical orientations for clinicians. *The Clinical Psychologist*, Winter, 13-17.
- NORCROSS, J.C. (1986). (Ed.) *Handbook of eclectic psychotherapy*. New York: Brunner/Mazel.

- NORCROSS, J.C. (1987). Special selection: Toward a common language for psychotherapy. *Journal of Integrative and Eclectic Psychotherapy*, 4, 165-205.
- NORCROSS, J.C. (1990). Commentary: Eclecticism misrepresented and integration misunderstood. *Psychotherapy*, 27, 297-300.
- NORCROSS, J.C. & NAPOLITANO, G. (1986). Defining our journal and ourselves. *International Journal of Eclectic Psychotherapy*, 5, 249-255.
- NORCROSS, J.C. & GRENCVAGE, L.M. (1989). Eclecticism and integration in counselling psychotherapy: Major themes and obstacles. *British Journal of Guidance and Counselling*, 17, 227-247.
- NORCROSS, J.C. & PROCHASKA, J.O. (1988). A study of eclectic (and integrative) views revisited. *Professional Psychology: Research and Practice*, 19, 170-174.
- PATTERSON, C.H. (1989). Eclecticism in psychotherapy: Is integration possible? *Psychotherapy*, 26, 157-161.
- PEPPER, S.P. (1942). *World hypothesis: A study in evidence*. Berkeley: University of California Press.
- POLKINGHORNE, D. (1983). *Methodology for the human sciences*. Albany, NY: SUNY Press.
- PROCHASKA, J.O. & DICLEMENTE, C.C. (1984). *The trans-theoretical approach: Crossing the traditional boundaries of therapy*. Homewood, IL: Dow Jones-Irvin.
- SALTZMAN, N. & NORCROSS, J.C. (1990). (Eds.), *Therapy wars: Contention and convergence in differing clinical approaches*. San Francisco: Jossey-Bass.
- STRUPP, H.H. (1989). Psychotherapy: Can the practitioner learn from the researcher? *American Psychologist*, 44, 717-724.
- WATCHEL, P.L. (1977). *Psychoanalysis and behavior therapy: Toward an integration*. New York: Basic Books.
- WACHTEL, P.L. (1984). On theory, practice, and the nature of integration. In H. Arkowitz & S.B. Messer (Eds.), *Psychoanalytic therapy and behavior therapy: Is integration possible?* (pp 31-52). New York: Plenum.
- WOOLFOLK, R.L., SASS, L.A. & MESSER, S.B. (1988). Introduction to hermeneutics. In S.B. Messer, L.A. Sass & R.L. Woolfolk (Eds.), *Hermeneutics and psychological theory: Interpretative perspectives on personality, psychotherapy and psychopathology* (pp 2-26). New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.
- YONTEF, G.M. & SIMKIN, J.S. (1989). Gestalt therapy. In R.J. Corsini & D. Wedding (Eds.), *Current psychotherapies* (4th ed.) (pp 323-362). Itasca, IL: Peacock.

